

RESIGNACIÓN, HERMANOS!

*La novela
proletaria*



S. SÉDILES

25
C.F.S.

Ayuntamiento de Madrid

25 de 11/32

Ayuntamiento de Madrid

LA NOVELA PROLETARIA

PUBLICACION SEMANAL

Director: AUGUSTO VIVERO

Año I



Núm. 18

¡Resignación, hermanos!

por

Salvador Sediles

Portada de Argüello



EDICIONES LIBERTAD

Calle de Roma, 41
MADRID

Pidan los folletos aquí anunciados a EDICIONES LIBERTAD, Roma, 41, MADRID.—Descuento: a reembolso, 30 por 100. Se admiten devoluciones de los ejemplares invendidos.

LA NOVELA PROLETARIA y la BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, son las publicaciones predilectas del pueblo. Raro es el número que no se agota. De cada uno de éstos se vende un promedio nunca inferior a 30.000 ejemplares.

En LA NOVELA PROLETARIA colaboran todos los hombres revelantes de la izquierda española. Es una siembra ideológica formidable, sin igual hasta ahora en España.

La BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS, terror del beaterio, de la clerecía y de los clericales al servicio de la República, no se puede anunciar en ningún periódico de los llamados republicanos. Los neos compran los ejemplares para destruirlos. Los curas los maldicen desde el púlpito. Las beatas de cruz al cuello, los consideran obra de Satanás.

VAN PUBLICADOS:

EN «LA NOVELA PROLETARIA»

- Núm. 1.—«Sindicalista de acción», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Una pedrada a la virgen», por José Antonio Balbontín.
- Núm. 3.—«Las Animas Benditas», por Eduardo Barriobero.
- Núm. 4.—«La caída del Dictador», por Angel Pestaña.
- Núm. 5.—«Mi dama y mi star», por Angel Samblancat.
- Núm. 6.—«¡Pero mató a un burgués!», por Carrasco.
- Núm. 7.—«Las calaveras de plomo», por Salvador Sediles.
- Núm. 8.—«El Confidente», por Eduardo de Guzmán.
- Núm. 9.—«A tiro limpio», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«La Bomba», por Rodrigo Soriano.
- Núm. 11.—«Un ensayo revolucionario», por Mauro Bajatierra.
- Núm. 12.—«¿Dónde está Dios?», por César Falcón.
- Núm. 13.—«Infamias», por Antonio Jiménez.
- Núm. 14.—«La ley de fugas», por Emilio Mistral.
- Núm. 15.—«Abel mató a Caín», por Ramón Franco.
- Núm. 16.—«Un periodista», por Ramón Magre.
- Núm. 17.—«El enchufista», por Augusto Vivero.
- Núm. 18.—«¡Resignación, hermanos!», por Salvador Sediles.

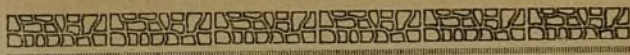
Ejemplar, ¡25 céntimos!

EN LA «BIBLIOTECA DE LOS SIN DIOS».

- Núm. 1.—«Jesucristo, mala persona», por Augusto Vivero.
- Núm. 2.—«Las alegres abuelas de Jesucristo», por Augusto Vivero.
(Denunciada)
- Núm. 3.—«La absurda virginidad de María», por Augusto Vivero.
(Denunciada)
- Núm. 4.—«¡Eso de las hostias!», por Augusto Vivero.
(Denunciada)
- Núm. 5.—«La farsa de Cristo rey», por Augusto Vivero.
- Núm. 6.—«Los chirimbolos del altar», por Augusto Vivero.
- Núm. 7.—«La ignorancia de Jesucristo», por Augusto Vivero.
- Núm. 8.—«¡Vaya un Cielo el de la Biblia!», por Augusto Vivero.
- Núm. 9.—«Jesús, santifica el matrimonio civil», por Augusto Vivero.
- Núm. 10.—«El pobre Diablo, en ridículo», por Augusto Vivero.
- Núm. 11.—«Origen nefando de los conventos», por Augusto Vivero.
(Denunciada)
- Núm. 12.—«Dios Padre, pedrusco», por Augusto Vivero.
- Núm. 13.—«Cristo no fué cristiano», por Augusto Vivero.
- Núm. 14.—«El Sacramento Vaginal», por Augusto Vivero.

Ejemplar, ¡25 céntimos!

Ayuntamiento de Madrid



¡Resignación, hermanos!

I

El héroe se levantó. Las nueve campanadas tristes del reloj presidiario, se habían tamizado lejanas por los resquicios de la puerta. El héroe no había podido cerrar los ojos en toda la noche, que precedía a las horas diurnas de su ejecución.

Respiró fuerte el aire nauseabundo de la habitación; no había otro. Y de repente contempló la vida, que él hasta entonces no se había parado a contemplar. Nuestro hombre incurrió en el tópico que es lo único que hay de sincero en el mundo: la vida era triste, era un castigo horrendo, un valle de lágrimas, una nulidad.

«¡Qué canallas son!», pensó. Se refería al caos; a

la ley, a los hombres. Le iban a quitar la vida a él, cuyo delito era pensar en el perfeccionamiento de la humanidad, con un afán religioso que se parecía mucho al afán místico de Jesucristo. Sin saber por qué—él, que era un enemigo personal de Cristo—se sentía fortalecido al pensar en la contrafigura del Calvario.

Era un enemigo personal de Cristo porque éste había tenido una doctrina antihumana; porque éste era un visionario.

Le sacaron de su abstracción ruidos de fusiles que se cierran y se abren a un tiempo, y ruido de faldas que se entraba por la habitación, en la figura abstracta y opaca de un sacerdote barbudo.

—Hermano...

—¿Viene usted a darme la libertad?—le preguntó el condenado al verle.

—Vengo a darle la tranquilidad de conciencia...

—respondió el ensotado.

—¿Usted? ¿Usted viene a darme la tranquilidad de conciencia...?

Sonrió el héroe, despectivo, con una sonrisa desolada.

—Hermano, tenga en cuenta que le quedan pocos instantes de vida...

—Pues no me mortifique recordándomelo...

—Tenga en cuenta, que pronto va a pasar a la vida

eterna.

El reo no pudo más:

—¡Pero qué crueles, qué canallas, qué inhumanos son ustedes! ¿Y usted viene a darme la tranquilidad de conciencia? ¡Usted! Pero, ¿es que usted no sabe que mi conciencia está tranquila? ¿Que en este instante es sólo usted quien necesita tranquilizar la suya...?

El cura se desconcertó en su práctica acostumbrada. La frialdad de aquel hombre que estaba a dos pasos de la muerte, le hizo balbucir unas palabras de excusa:

—Perdone, hermano... Pero... debe ponerse a bien con Dios...

—Yo estoy a bien con todo el mundo, menos con mis verdugos. En Dios no creo, porque ustedes no me dan ejemplo. Usted, no cree en él tampoco.

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Perdónalo!—musitó el fraile.

—No me atormente. ¡Váyase!—exclamó rotundo el héroe—. ¿Cómo quiere que crea en Dios, si consiente en que ustedes me quiten la vida?

—Nosotros, no, hermano. Es la ley.

—Una ley con la que ustedes están conformes.

—Jesucristo era hijo de Dios, y también lo mataron.

—¿Quiere usted ejemplo más claro de la inexistencia de ese Dios omnipotente? Jesucristo era un pobre

hombre que cometió las mismas faltas que yo: predicar en el despoblado de las conciencias. Fué mi antecesor en ingenuidad... Si yo hubiera sido* como ustedes, un egoísta, capaz, en mi egoísmo, de encerrarme en un convento a resguardo de las tempestades humanas, sordo a las voces de mis semejantes, estaría considerado ahora como un santo; no me matarían; me dejarían vivir y desarrollar todo mi egoísmo, viendo cómo los infelices se pudren carcomidos por una persecución de los poderosos. Y a esto, usted le llamaría «ser ministro del Señor»... ¿De qué señor?

El fraile, que había creído encontrarse en la celda con un pobre reo afligido y lloroso, estaba anonadado. Aquel chaparrón de lógica le enrojecía la faz, al derramarse sobre su entendimiento.

—Si Jesucristo os dió ejemplo de su doctrina padeciendo hambre y dolor—prosигuió el reo—, ¿por qué habéis hurtado el cuerpo a esos sacrificios, y abandonado a la humanidad desvalida, encerrándoos en vuestros castillos de piedra, tapando vuestras ventanas con unas rejas muy tupidas, alejándoos en suma de la obligación de Cristo; sois los mencheviques de la doctrina cristiana: la mostráis, la recomendáis, pero no dais el ejemplo de seguirla. ¡Farsantes!

El fraile, mudo, sin moverse, no sabía cómo salir

de la habitación. Su táctica fallaba allí. Pensó recomendar calma y resignación, conforme a las prácticas usuales en su convencional ministerio; pero no se atrevió. Observaba en aquel hombre algo que estaba por encima de la calma y la resignación. En la hora pos-trera, la serenidad del reo impresionaba el ánimo sorprendido.

Y estaba por encima de la resignación porque hablaba como si ya hubiera muerto, ante el hecho consumado de su ejecución.

Tenía el rostro iluminado por una claridad de luz pálida, que restañaba el azul de los ojos. Le inundaba, por el fuego de luces de la ventana entreabierta, el auténtico nimbo de los mártires.

Moreno, su morenez se diluía en el blancor beatífico.

Maquinalmente, sacó del bolsillo un peine, y comenzó a peinarse.

Fuera, oíase un ruido sordo, que lo mismo podía ser de conversaciones que de agua fluyente.

Rechinó el cerrojo otra vez, y abriéndose la puerta, aparecieron en la entrada de la celda cuatro personas más: un coronel del ejército (el juez), un comandante (su defensor), un oficial (el ejecutor), un sargento con fusil...

—¿Vamos?—preguntóle el juez al reo.

—Vamos.

Se abrochó el cuello de la chaqueta desabrochada; se dió el último toque en el pelo, e inició movimiento de salida hacia la puerta. El defensor le echó los brazos al cuello, llorando.

—¿Por qué llora usted

—¡Hijo! ¿Y me lo preguntas? ¡Vas a entrar en capilla!

—No; yo no quiero entrar en capilla.

El clérigo intervino, alentado por la presencia de los otros:

—Póngase a bien con Dios, hermano.

—¡No creo en Dios! Ya le he dicho a usted que no creo en Dios, ni en ustedes los hombres; ni siquiera en los míos creo ya. ¡No sean ustedes crueles! En lugar de llorar devuélvanme la vida. Y si no pueden hacerlo, déjenme. ¿No ven mi presencia de ánimo? No la conturben con llantos y recomendaciones triviales.

Lo dijo tan certeramente, que los cuervos no volvieron a insistir. El curita bajó la cabeza avergonzado. El defensor enjugóse las lágrimas.

—¡Váyanse! Váyanse todos, que mi espíritu no necesita auxilios del vuestro. No tenéis esencia espiritual de la mía, y vuestra calidad no me sirve. Tú sólo eres un buen hombre—añadió dirigiéndose al de-

fensor—; pero débil. No te preocupes; quédate con el contento de haber sido tú solo quien ha sabido interpretarme, porque yo «me voy» satisfecho de haber tenido un hombre que me comprendiera.

Se quedaron los dos solos en la estancia. Los otros, fuera de ella, en el pasillo, no sabían qué hacer ni qué decir. El carcelero puso fin al momento embarazoso de ellos cerrando la puerta de la celda.



El defensor escuchaba, sin oír, al reo. Aquel temple de ánimo, aquella serenidad, le hacían sentir algo así como una especie de rubor, de desconcierto. Y el reo hablaba:

—Como tú sabes, yo tengo un hijo; un único hijo que va a quedar desamparado en el mundo, y al que ni siquiera conozco, porque ha nacido después de haber entrado yo en prisión... Pues bien: te pido una cosa. Lo mismo que en las novelas...

Y sonreía al decirlo.

—Lo mismo que en los novelas, voy a morir, y te pido sólo una cosa. Te pido que no abandones a mi hijo; que hagas por él todo cuanto puedas, mientras viva. Si llega a la mayor edad, sano, pujante y romántico, procura aconsejarle para que no siga el ca-

mino de su padre; que no se meta en política. Hazle ver que la política es una cosa odiosa donde la buena fe está excluida por completo, y la traición nos acecha constantemente.

—Estás arrepentido..., bien lo sé...—gimió el defensor.

—¡No! No digas eso. Yo no estoy arrepentido. Mil veces que viviera, volvería a hacer lo mismo. No estoy arrepentido. Ya ves de qué conformidad voy a morir. No estoy arrepentido, pero me horroriza pensar que a mi hijo lo tengan que fusilar el día de mañana como a mí.

Se pasó una mano por el rostro, como para quitarse de la vista una extraña visión del futuro, quizá un presentimiento de iluminado.

Y continuó:

—Es particular... Y a veces, me da alegría pensar que mi hijo pueda llegar a vengarme...

II

Pero su hijo no le vengó, por esa ley humana, inexplicada aún, de que las vidas de los padres no establecen casi nunca precedente en las vidas de los hijos. Pablo de Arenas y Lafuente—hijo de aquel visionario Virgilio de Arenas, que murió por la causa de la libertad—, no tenía ni con mucho las ideas de su padre. A raíz del fusilamiento de éste, la madre había huído al extranjero, entre atemorizada y afligida. Su incomprensión—pertenecía a esa gran masa casi total de mujeres españolas que no tienen idea de nada—consideraba hasta oprobiosa la desgracia ocurrida, y se escondió, se eclipsó, hizo que la memoria pública olvidara bien pronto su existencia y la del hijo, declaradas tímidamente en las entrelíneas de los periódicos gubernamentales. El sentido abstruso de su catolicidad, le impulsaba a creer, incluso, que su marido había faltado a la ley de Dios, y los designios del destino. no eran sino el justo castigo de la divinidad al terrible pecado cometido. No llegaba a sus alcances suponer que el «terrible pecado» había consistido en rebelarse contra una sociedad injusta, in-

humana, con la que no podía estar de acuerdo el Dios castigador.

Y naturalmente, no faltaron en aquellos momentos, tampoco, los frailazos agoreros que, como cuervos devorando el cadáver, terminaron de convencerla de que el glorioso fusilado estaba bien muerto por la mano y la «gracia» del Altísimo.

—¡Resignación, hermana!—le dijeron (¿cómo no?).

—¡Qué desgraciada soy!—lloriqueaba la mujer.

—No sufra, mujer; resignación. Vuelva, vuelva por aquí a menudo, que la consolaremos. La confesión es un consuelo.

Y en el fondo de aquella recomendación eclesiástica se adivinaba una repugnante sensación lujuriosa.

Rodeada de un ambiente impropicio a la exaltación del mártir, la pena dejó paso en seguida al recato, al rubor. Aquella mujer en medio de su sociedad insensible, llegó a sentir rubor de haber sido la mujer del «leader». Y un día partió para la frontera en compañía del hijo, para así hurtarse de una vez a las miradas que ella creía de oprobio.

Desde el primer momento se dedicó a educarle al viejo estilo español, que ya sabéis todos cuál es: rezar por la mañana, rezar por la tarde, y rezar por la noche.

El niño, siempre metidito en faldas, llegó a la pu-

bertad con un espíritu afeminado que daba asco verle. Nadie que hubiera sido amigo del padre habría reconocido en aquel adolescente enfermizo y estúpido —ya digo que su madre había fabricado un cretino— al descendiente de Virgilio de Arenas.

En fin; cómo sería, que la madre lo metió en un convento; donde acabó de florecer aquella vida, abonada por el mantillo de la estulticie.

En aquel país, donde nadie les conocía, se cuidó la madre de no decir nunca al hijo la especie de su progenitor.

En un convento de la frontera franco-española, era, pues, Pablo de Arenas, un virtuoso místico, cuyo apartamento del «mundo y su ruido» no era sino el pretexto disimulable de un sentimiento egoísta, no definido como tal. No sabía ni adónde iba, ni de dónde venía. De su niñez, sólo recordaba a una madre llorosa y vestida de negro, y una vieja iglesia románica con unas cristaleras de colores que representaban unos santos muy retorcidos. En ella, le obligaba a estar su madre, hora y horas. Allí empezó su espíritu a misticarse mirando las cristaleras que él habría querido tener en casa para jugar. Allí entraban su madre y él desde las tres de la tarde, y no salían hasta que se borraban las imágenes de las cristaleras.

Aquella deleznable planta, sólo tenía dos posibilida-

des de alimentación: o el hogar árido y triste, o la iglesia somnolienta y perfumada. El reducido panorama hizo que se abriera la atención del niño hacia el pintoresquismo de las funciones religiosas. Le divertían mucho los sermones; ¡dichoso aquel hombre que podía subir por la escalerita, y desde allí arriba, dirigir soberanas filípicas a las beatas! ¡Y después, salir por una puerta, vistiendo una estupenda capa de raso bordado en oro, y ponerse a cantar, con otros dos amigos...!

Así, empezó a concebir la idea de ser cura, puerilmente; idea, que no hay para qué decir cómo la recogió su madre, y cómo la llevó a efecto, metiendo al chiquillo en un seminario desde la edad de ocho años.



Levantarse temprano, rezar, comulgar, desayunar, pasear por la huerta, sentarse, leer, volver a rezar, comer, descansar, volver a leer, volver a rezar, cenar, descansar... ¡Resignación, hermanos!

Pablo de Arenas creía que el mundo y la humanidad no tenían más horizontes que aquellos. Los libros de milagrería no dejaban entrever esferas humanas. Pablo de Arenas no hubiera concebido el trabajo como

misión general de la especie. La división de castas respondía a un designio divino.

Además, trabajar lo consideraba inútil, si con la fe puesta en Dios se conseguía todo: No tuvo Isidro que labrar sus tierras, ni María que lavar los pañales de su hijo. Dios hizo el mundo en siete días, y él era el único constructor. Pretender imitarle, era ofenderle.

Es posible que si el ahora R. P. Pablo de Arenas, hubiera conocido el mundo más detenidamente, pensaría lo mismo que pensaba, aunque con módulos bien distintos.

Lo cierto es que él, no conocía más mundo, ni le hacía falta, que el limitado por las tapias de un convento. Alguna vez había salido a la calle, y había regresado a él, lo más presurosamente posible, asustado por el ajetreo de la ciudad. El dinamismo le volvía loco. Lo consideraba hasta criminal, cuando lo auténticamente criminal era su vida: dedicar la correspondiente parte de energía que le repartió la naturaleza, a la contemplación del minuto que pasa.

¡Pobre reverendo! Creía tener un espíritu selecto, creíase un sér especial, un hombre de primera clase, un elegido de Dios. Y era un sin espíritu, un sér inferior, un indeseable, un réprobo.

III

Aquel aislamiento le hizo olvidar por completo a su madre, hasta el punto de no enterarse de dónde vivía.

Una vez recibió una carta en la que le notificaban que la pobre mujer había muerto en España. Era una carta lacónica y fría, firmada por alguien que llevaba el apellido de su madre, pero que no sabía quién era. Y como Pablo era un hombre sereno, no lloró la desgracia. Un exaltado catolicismo se lo impedía, al considerar que aquéllo, como todo, era obra de Dios.

—Resignación—se dijo.

Y los compañeros le repetían:

—Resignación, hermano.

En cambio, aquel suceso le preocupó, más bien le distrajo, algunos días, pensando en su paternidad. Nunca, hasta entonces, se le había ocurrido pensar en aquello. Acordábase que de chiquitín alguna vez preguntó a su madre:

—¿Yo no tengo padre?

Y ella le había respondido:

—No, hijo.

Pero sin hablar nada más, secamente, rehuyendo la conversación:

«¿Quién fué mi padre?», pensó entonces. Nunca había visto un retrato de él; érale desconocido su semblante, no tenía noción del más leve rasgo característico del que lo engendró.

Estos pensamientos fueron cortados por una reflexión que pudiera condensarse así: «¡Bah! Sería un hombre vulgar...»



Otro día pidió ser trasladado a un convento de la orden en España, y se lo concedieron. Su país era tierra apropiada para frailes. Allí se debía vivir aún más tranquilo; y allí se trasladó.

Gran chasco se llevó el frailecito. Su país ardía en deseos de renovación por aquella época. Menos mal que todos esperaban que tales deseos fueran ofuscaciones del momento, o incontinencias de unos cuantos despechados. Dios no les iba a abandonar.

En su nueva residencia conoció nuevos ensotanados, y otra vida, que sin desmerecer en nada a la que había llevado hasta entonces, era de reconocer que estaba mejor.

En su país había más libertad para ellos, y fuera del convento se percibía menos dinamismo. Por tanto, le asustaba menos salir a a calle.

Luego, aquellos compañeros de orden eran menos serios, y esta variación del carácter la encontró agradable.

Empezó a salir a la calle y a visitar gente del «mundo», que los compañeros le iban presentando. Eran familias acomodadas, que vivían en grandes edificios; señoras sobre todo, y señoritas, que se desvivían por ser simpáticas.

Otras veces eran ellas las que iban al convento, y el «padre» empezó a sentirse atraído hacia el sexo contrario. Hasta entonces su problema sexual se había resuelto por las leyes de Onán, pero esta convicción fallaba ante la presencia de la mujer en carne pura.

Comenzaron sus apetitos a dejarse llevar de un nuevo deseo más humano que todos los que hasta entonces había sentido.

Se vió arrastrado dulcemente hacia un paraíso orgiástico y variado, por las mansiones de todos los nobles españoles. Era la tradición de la Iglesia desde los estupendos cardenales del Renacimiento, que establecieron, en medio de sus prédicas religiosas, el arte pagano de vivir bien la vida.

Su juventud robusta y cuidada, en alianza con la discreción de los hábitos, le abrieron las alcobas de muchas damas y damitas de la aristocracia.

Un día, el rector reunió a todos los frailes y les habló de esta manera:

—Hermanos: Nuestra compañía de Jesús está en peligro. No es que atravesemos por ninguna crisis económica; pero nuestro peligro es mayor. Hay rumores de que nos van a expulsar de España. El gobierno de esta maldita República, que Dios confunda, va a cometer con nosotros un atropello inicuo, que nos ha de ser recompensado en el cielo con la gracia eterna. No obstante, en la tierra lo habremos de pasar mal si llega a consumarse nuestro sacrificio. Para lo cual, hermanos, conviene irse preparando. Antes de que nos expulsen y nos quiten todo cuanto es nuestro por designio de la misericordia divina,—los bienes que el Altísimo nos otorgó para poder llevar a cabo, en este miserable valle de lágrimas, la santa obra y misión que nos fué encomendada—, debemos marcharnos nosotros y poner a recaudo dichos bienes.

La comunidad acogió complacida la proposición del rector. Y un coro de comentarios generales, que hasta entonces sólo se había explanado levemente en diálogos de ocasión, invadió el convento.

—¡Qué escarnio!—rugían los jesuitas.

—¿Adónde vamos a llegar...?—se preguntaban unos a otros, con dejos de triste lamentación.

Alguno, en inconsciente farsa, alzó los ojos y exclamó:

—¡Señor! ¡Señor! ¡No nos abandones!

—¡No es posible! ¡No es posible!—aseguraban los más listos—. Nuestra expulsión traería consigo grandes males para el país. ¿Y nuestros intereses? ¿Y nuestras industrias? ¡No es posible, no es posible...!

Pablo de Arenas se sumió en un mar de meditaciones nuevas:

«¿Expulsarles a ellos? ¿Qué significaba expulsarlos a ellos...? ¿Pero es que se podía expulsar de España a los santos...?»

Y en seguida, al acudir a su memoria la palabra «santo», notaba como si la conciencia no la quisiera dejar llegar:

«Santo... santo... Yo soy un santo... Nosotros somos unos santos... Todos los que vestimos hábito somos santos... Los que nos retiramos a vivir en los conventos... Los que renunciemos al mundo... ¿Renunciar...?»

Era otra palabra que le hacía variar el rumbo de sus pensamientos:

«¿Es que, verdaderamente, nosotros renunciemos al mundo? ¿Es que la vida mundanal es tan grata como para considerar que renunciemos a ella al dejar-

la? ¿No estaría más propiamente expresado renunciar al convento...? ¡No! ¡No podía ser!»

El hombre se quitó las imágenes del rostro, pasándose por la frente una mano, que ahuyentó los pensamientos que las producían.

Pero, a poco volvían las cavilaciones. Uno de los «padres»—muy blando, muy místico, muy rezador—peroraba en la galería. Y oíasele afirmar suave, blanda, místicamente:

—¿Irnos nosotros? ¡Nunca! Por Cristo se nos impone resistir hasta la muerte.

—¿Matar nosotros, hermano?—adujo una voz untuosa, voz de novicio.

—¿Y por qué no, hijo mío?—repuso el mismo belicoso «padre». Gentes de Iglesia somos, pero, sobre todo, soldados de Cristo. ¡Soldados! ¿Y qué es la despreciable vida humana frente a los sacrosantos intereses de nuestra Orden?

¡La Orden! Ante aquellas palabras, un hálito de silencio, cortante y glacial, cayó sobre los interlocutores. Y Pablo de Arenas, estremecido, vió en las profundidades de su mente cómo caía un velo negro sobre la figura pueril y dulzona del Cristo que en su mocedad viera con los ojos del alma...

IV

Pablo de Arenas quiso cerciorarse de todo, saber de un modo directo el alcance y la justificación de la alarma.

Se echó a la calle, después de una preocupación de varios días, y anduvo por la ciudad, perdido en barrios extraños y populosos, vestido de seglar, para no infundir recelos y evitar posibles peligros.

La preocupación, la quería desechar de su ánimo a toda costa porque era hija de un remordimiento, que no se atrevía a reconocer.

Y en lugar de volver de aquella incursión con la conciencia dispuesta al arrepentimiento, volvió con el odio secular levantado contra el pueblo.

Porque a éste le había oído decir:

—La culpa de que nos muramos de hambre la tienen los frailes.

—¡Hay que arrastrarlos a todos!

—Son unos egoístas...

—El mayor castigo es hacerles trabajar.

—Que ganen el pan con el sudor de su frente, como les mandó Dios.

—Están siempre al lado de los ricos, y no quieren nada con los pobres.

Estas y otras muchas cosas oyó el padrecito, y tornó a su claustro como gallina huída.

Pero allí, sobre la oleada del susto, corrían belicosas esperanzas:

—Iremos al Norte,—decía uno.—En Navarra, donde vive Dios, aún, cabe formar partidas.

—¡Hèrmanos, hermanos,—gemía otro de los «padres», lleno de pavora.—¡Mire que en tiempo de los carlistas no volaban esos pajarracos de acero! ¡Que las cosas han cambiado mucho y que no hay nadie que se eche al campo en defensa de la santa Religión!

—¿Si, eh? Lo veremos,—replicaba el bravucón, levantando la mano de bendecir como si fuese a descargar furibundo tajo sobre la cabeza de nn hereje.....

V

A los pocos días, los rumores cundieron en otro sentido: Se decía que ahora las turbas—llamémoslas así en orden a la clasificación vulgar—, que ahora las turbas pretendían asaltar el convento de los padres jesuítas, donde se escondía tanta farsa, amén de otros conventos.

Y los frailes se asustaron. Aunque ellos, santos varones, no comprendían la razón de aquello, se asustaron, y lo tenían como cierto. Había algo supremo, algo indefinido, que lo aseguraba certeramente: el convento iba a ser asaltado. Sabían de la hostilidad ambiente contra las órdenes religiosas. Y por ello se produjo en sus conciencias el examen que había de llevarles a dilucidar sobre la razón de todo.



La última vez que el P. Pablo de Arenas salió a la calle, fué a una entrevista amorosa.

(Llegado este momento, el autor podría decir que el curita había salido a casa de una marquesa para dar lecciones de Humanidades o Teología; pero la ver-

dad es que el P. Pablo iba a casa de la marquesa—que era joven y hermosa—con otro fin bien distinto. Y el autor no va a ser más papista que el papa.)

—¡Pablo! ¡Pablo!—le dijo ella, hipando—. Dicen que os van a asaltar el convento...

—No te preocupes—le contestó él, mimoso y apurado. Eso son habladurías de la gente.

—No vuelvas al convento—insistió ella—. Quédate en casa. Vístete de seglar...

Ella ostentaba un gracioso pijama, que hacía la escena más anacrónica aún. Dijérase, por el rebullir de las faldas, que la mujer de aquella situación era el reverendo, y no aquella estilización femenina de pijama y peinado «garçonne».

—No temas. A nosotros, no se nos puede tratar como a foragidos. Nosotros representamos a Dios, y por tanto, al orden, a la paz y al progreso. Nuestra historia está llena de obras de cultura y de prestigio. Los gobiernos nos temen, y procurarán velar por nuestra integridad. ¿Es que crees que nosotros estamos solos en el mundo? Si se atentara contra la orden de Jesús en España, protestaría Roma...

Dijo esto último con un aire de supremacía, que se asemejaba mucho al despotismo.

Roma era para él, para todos ellos, como el poder supremo en la tierra.

VI

Dormía el santo varón en su celda, aquella noche libertaria del mes de mayo de 1931. Dormía a pierna suelta, soñando en los intereses creados de los jesuitas y la sociedad, aquellos intereses que, según él, impedirían la expulsión. Soñaba con esto también; con la expulsión: ya los habían echado del convento; se veía en la calle triste y solo, sin saber adónde dirigirse. Por su lado, transitaban obreros, encaminándose presurosos al trabajo. No tenía más remedio que trabajar. Se vió de pronto con una azada en la mano, cavando la tierra en un tajo; a su alrededor, otros hombres le ayudaban en la tarea. El padrecito tenía los riñones cansados. Levantó los ojos y vió frente a él un hombre vestido de negro, que vigilaba las faenas. «Es el capataz», pensó.

El hombre le miró fijamente. Aquella cara... aquellos ojos... ¡Lo reconoció! ¡Era él! ¡El capataz bíblico! ¡Era Dios!

Y cuando iba a implorarle, a suplicarle: «¡Señor...!», el capataz le miró con una dulce sonrisa infinita, y le dijo:

—Resignación, hermano...

—Pero, ¿y si peligras, Pablo de mi alma!—gemía

ella.—¡Que son muy malos esos herejes! ¡Yo no quiero separarme de ti!

—¡Separarnos! ¡Jamás! Antes que eso... antes...

—¡No, Pablo de mi vida; no te comprometas!

—Y la dama, convulsa, le ceñía con sus redondos brazos, medio muerta de temor por lo que pudiera sucederle al santo sacerdote.

Pero el santo sacerdote, a la sazón enardecido por el voluptuoso perfume de su bella, encrespado por la idea de perder lo que ahora llenaba su vida sin afeetos, ni siquiera pensaba ya en los rayos espirituales de Roma. En un impulso de ira pensaba en aquel sótano del convento, donde sobre unas cajas de proyectiles, alineábase amenazador ringlero de carabinas,....



Gritos de sobresalto, y carreras apretadas por los pasillos del convento, despertaron al padrecito. Golpes nerviosos en la puerta de la habitación.

—¡Hermano! ¡Hermano! ¡Levántese! ¡Nos están tiroteando! ¡Quieren asaltar el convento!

De un salto se tiró de la cama. Púsose unos pantalones negros, y salió al pasillo. Un compañero, con la voz nerviosa, entrecortada por el miedo, le dió una carabina, al tiempo que le recomendaba:

—Dice el prior que hay que defenderse... Nos quie-

ren asaltar por la parte de la huerta... Hemos tenido que bajar al sótano por las carabinas...

Pasó corriendo otro fraile:

—¡No hay tiempo que perder, hermano! ¡Por la parte de atrás! ¡Están escalando la tapia de la huerta!

Corrieron los frailes en todas direcciones. Sus movimientos respondían a una táctica guerrera presentida.

Un chaparrón de piedras batió el aire tranquilo de la noche, y fué a estrellarse en las ramas de los árboles, al tiempo que el griterío amenazante de los de fuera ponía pánico en el ánimo de los concupiscentes frailes. Dentro de la casa, el desconcierto agrandábase conforme transcurrían los minutos.

—¡Ya saltan! ¡Ya saltan!—dijo uno de los frailes agazapados en la galería.

—¡Calma, hermanos!,—dispuso una voz altisonante.
—¡Calma, y aprovechemos bien los cartuchos! De hombre a hombre no va nada.

—¡Viva Cristo Rey!,—rugió frenético un jesuitazo con cara de dogo.—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo!

Y descargó su arma tras apuntar concienzudamente a una cabeza que asomaba sobre la cresta del muro.

Pablo, indeciso, con la carabina en la diestra, miraba sin saber qué hacer.

Sonaron tiros en varias direcciones. Y un grito de

uno de los de fuera. Nuestro curita, presa del pánico que a muchos de sus compañeros embargaba, corrió con otros por la escalera principal, camino de la puerta. De un salto se plantó en la calle. Algunos de los compañeros le imitaron, huyendo calle abajo.

Pablo de Arenas, no. De pronto, se paró embravecido, frente al caserón del odio. Un instinto de sangre le ordenó por dentro imperativamente defender aquéllo. Se acordó del sueño del trabajo tenido poco antes, y un aliento de fiereza, de orgullo despótico, le inundó.

Salieron otros frailes corriendo por la puerta del convento. Todos iban de seglares, y no se fijaron en Arenas, que seguía contemplando el edificio, desde la acera de enfrente:

—¡Socorro!—oyó desde dentro. Y un ruido de cristales que se rompen.

«Ya han entrado», pensó. Entonces, en súbita impulsión de coraje, se echó la carabina a la cara, y disparó contra las ventanas del convento una y otra vez, dispuesto a morir matando. Creció en el caserón el rumor de maldiciones, que Arenas, loco, desorbitado, no podía distinguir. Ya se le acababan las municiones cuando asomaron por las ventanas algunos frailes, que tampoco pudo ver por la oscuridad de la noche. Sólo oyó una descarga como disparada en sus

misimos oídos, y siete dolores agudos en el cuerpo, que le hicieron rodar por las losas de la acera. Hizo un último esfuerzo, pero no pudo levantarse. La cabeza se le dormía poco a poco, se le apelmazaba, parecía fundírsele en la piedra misma. Oyó ruido de corneta, débilmente; notó que le suspendían en el aire, y se durmió.

VII

La guardia civil, que había ido aquella noche a proteger el convento, por orden del gobierno, sofocó el intento de asalto. Es decir; llegó a tiempo de impedir que los asaltantes consumaran su sano propósito. El suceso sólo produjo una víctima: un hombre, en mangas de camisa, había sido recogido moribundo a las puertas del convento. A su lado había una carabina. Era uno de los asaltantes, el más audaz de todos, sin duda, a quien los frailes habían tiroteado desde dentro para defenderse. El hecho encendió la cólera popular, pues demostraba la existencia de armas en los conventos.

El moribundo estaba sin identificar aún.



La Prensa «de orden» clamó iracunda. Pero no contra el piadoso armamento de los benditos «padres». A decir de ella no había en el santo edificio más que unos fusiles viejos, arrumbados en un desván desde los días de la «Semana trágica». Y eso porque los gobernantes de aquel entonces habían dado armas a los píos varones para que no los asesinasen las turbas en su odio a los ministros del Señor....

¡Ah! ¡Si no llegan a intervenir presurosos los guardias civiles, ¡quién sabe, quién sabe lo que hicieran los salvajes del populacho contra los indefensos varones consagrados a rezar por el bien de todos!...



Pablo de Arenas levantó los ojos pesadamente, y se dió cuenta de todo. Se encontraba sobre un lecho blanco de hospital, y rodeado de unos hombres extraños:

—¿Cómo se llama usted?—le preguntó uno de ellos apenas le vió abrir los ojos.

Pa... blo de A... renas—respondió él, trabajoso.

Volvió a cerrar los párpados, mientras el otro apuntaba su nombre. Le era hostil la vida. Pensó en voz alta, entreabriendo a veces el mirar; y los demás lo oyeron claro y lo sellaron en su memoria:

—Es particular... Muero tranquilo... como... si hubiera... vengado... algo.

Y se murió con una fina sonrisa, muy blanca, muy dulce; sonrisa de jesuita.

Al día siguiente, los periódicos de la izquierda echaron las campanas al vuelo. La víctima en el intento de asalto al convento de los jesuitas era nada menos que un hijo de aquel célebre revolucionario, Virgilio de Arenas, que treinta y tantos años antes había sido fusilado por defender la libertad. Era asombroso el caso de aquel hombre, que sin pertenecer a ningún partido político ni societario, habíase puesto al frente de las masas en el asalto al convento, y había muerto como el padre, en defensa de la misma causa. De tal palo, tal astilla. Algunas familias nacían predestinadas al martirologio.

Salvador Sediles.

Imp. Campos — Pedro Heredia, 1 dupdo.—Madrid

Ayuntamiento de Madrid

¡SENSACIONAL!

¡La verdad! La auténtica verdad sobre la
muerte del Zar de Rusia, se dice ahora en
España por vez primera.

¡Emoción insuperable!

¡Formidable brío descriptivo!

Esto, y más hay en la magnífica

NOCHE ROJA

escrita por el siempre revolucionario

Rodrigo Soriano,

y que constituye el número próximo de

La Novela Proletaria

¡Acontecimiento literario!

¡Un gran esfuerzo editorial!